

La catástrofe ecológica



EMILIO PACHECO R.

Una bomba ha sido descubierta. Su mecanismo, complejo y sofisticado, hará desaparecer a la "aeronave tierra" en un plazo aún no determinado pero cierto. Los detectives responsables del hallazgo, ecólogos, demógrafos, futurólogos y conservacionistas, afirman que de continuar el actual patrón de desarrollo industrial, la humanidad se enfrenta a la posibilidad real de su destrucción total. La bomba tiene nombre: la catástrofe ecológica.

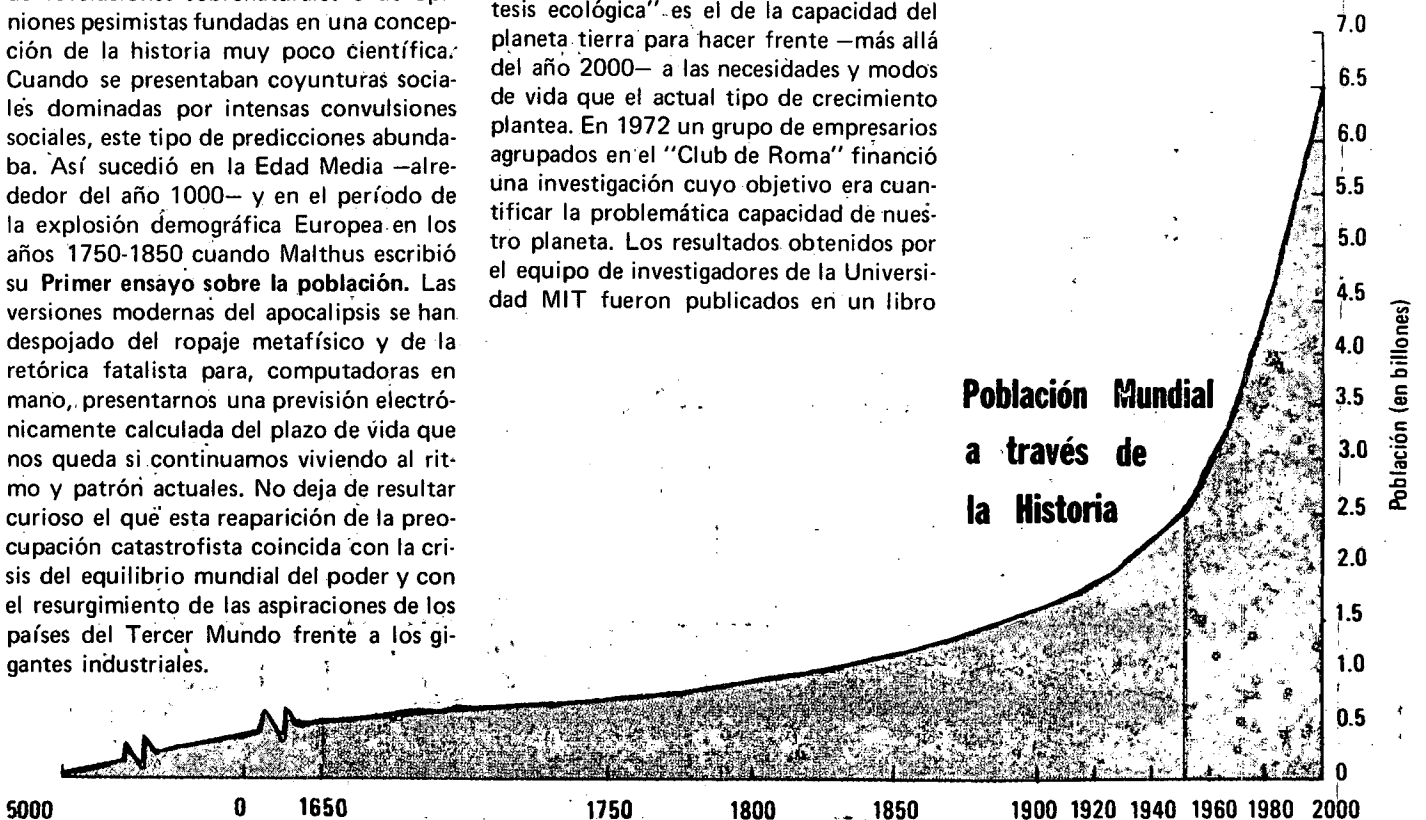
Las profecías que anuncian el fin del mundo son tan antiguas como el hombre mismo. Pero hasta hoy, se trataban o bien de revelaciones sobrenaturales o de opiniones pesimistas fundadas en una concepción de la historia muy poco científica. Cuando se presentaban coyunturas sociales dominadas por intensas convulsiones sociales, este tipo de predicciones abundaba. Así sucedió en la Edad Media —alrededor del año 1000— y en el período de la explosión demográfica Europea en los años 1750-1850 cuando Malthus escribió su **Primer ensayo sobre la población**. Las versiones modernas del apocalipsis se han despojado del ropaje metafísico y de la retórica fatalista para, computadoras en mano, presentarnos una previsión electrónicamente calculada del plazo de vida que nos queda si continuamos viviendo al ritmo y patrón actuales. No deja de resultar curioso el que esta reaparición de la preocupación catastrofista coincida con la crisis del equilibrio mundial del poder y con el resurgimiento de las aspiraciones de los países del Tercer Mundo frente a los gigantes industriales.

DE COMO Y POR QUE EL MUNDO SE ACABARA

El nudo gordiano de la llamada "hipótesis ecológica" es el de la capacidad del planeta tierra para hacer frente —más allá del año 2000— a las necesidades y modos de vida que el actual tipo de crecimiento plantea. En 1972 un grupo de empresarios agrupados en el "Club de Roma" financió una investigación cuyo objetivo era cuantificar la problemática capacidad de nuestro planeta. Los resultados obtenidos por el equipo de investigadores de la Universidad MIT fueron publicados en un libro

que causó conmoción en la opinión pública mundial (1). Mediante el análisis de series estadísticas de la ONU, la FAO y de oficinas del Estado Norteamericano, se concluía que el crecimiento mundial se caracterizaba por ciertas tendencias:

- 1) rápido crecimiento demográfico
- 2) extendida desnutrición
- 3) agotamiento de los recursos naturales



- 4) acelerada industrialización
- 5) creciente deterioro del medio ambiente

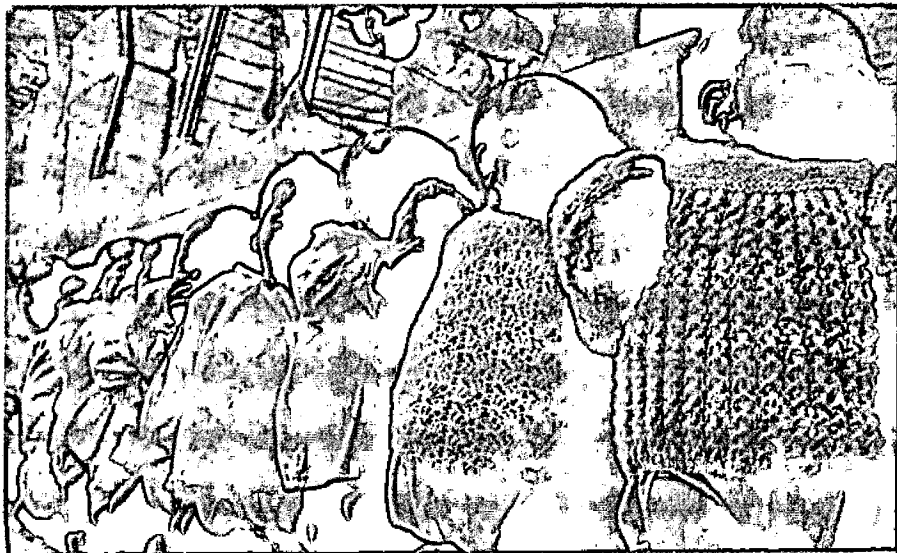
Todos estos factores, actuando en un sistema global e interdependiente, conducirán a la humanidad a su destrucción total, al colapso mundial.

El equipo de MIT confirmaba el punto de partida del Club de Roma: el progreso tecnológico ha brindado bienestar a la humanidad, pero al mismo tiempo le ha causado problemas cada vez más agudos; la "calidad" de la vida se deteriora crecientemente por la contaminación del medio ambiente, la incontrollable expansión urbana, la inflación, etc. La abundancia de las sociedades de consumo tiene su reverso en el agotamiento y escasez creciente de los recursos naturales que alimentan su aparato industrial. El actual modelo de desarrollo económico está atravesado por una doble exigencia: la necesidad de incrementar la demanda de recursos y materias primas para mantener el circuito de acumulación y maximización de las ganancias, y el límite que le impone la escasez cierta de esos recursos. El producto de esta contradicción estructural es lo que conocemos como "Crisis Ecológica".

EL TERRORISMO ECOLOGICO

El terror ecológico que difundió el Club de Roma fue explotado al máximo por los países desarrollados. Las propuestas sombrías de las "Casandras ecológicas" de los países anglosajones no se hicieron esperar: se imponía un alto al desarrollo económico mundial para evitar el desastre, y ello suponía el congelamiento de la situación actual en todos los países. Por la vía del conservacionismo se llegaba a la consagración del orden establecido a escala mundial. Los países industriales y los productores de materias primas debían permanecer en los niveles alcanzados a principios de la década de los años 70. Y todos seríamos felices.

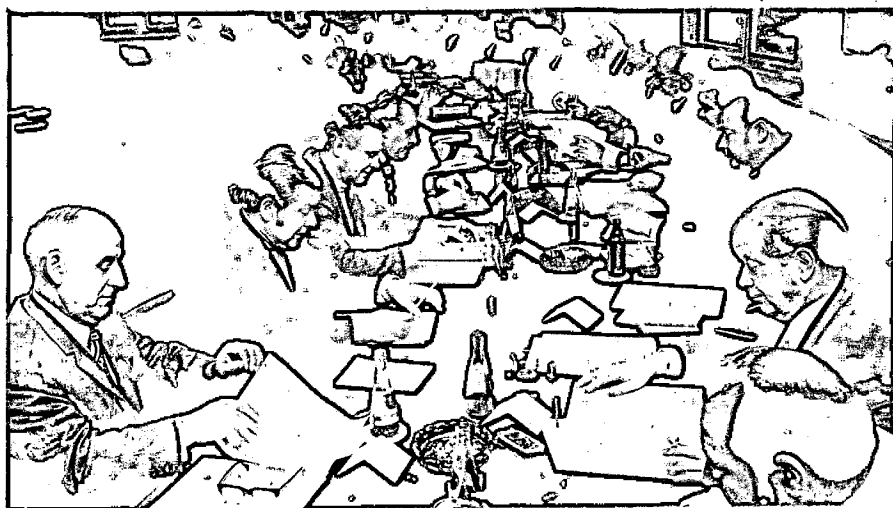
Pero sucedía que, los países del Tercer Mundo no estaban muy dispuestos a dejarse convencer por unas cuantas computadoras. En un coloquio internacional un funcionario del gobierno brasileño afirmó que preferían morir de contaminación y hartazgo que no de hambre. La abundancia y el agotamiento podrían ser una realidad acuciante para los consumidores. Europeos y norteamericanos, pero no para las masas hambrientas del Asia, Africa y Latinoamérica. ¿Cómo renunciar a un banquete del cual solo se habían visto las sobras? La maniobra ideológica de los profetas del Juicio Final resultaba demasiado evidente. Sin embargo, esta utilización interesada de la hipótesis de la catástrofe ecológica no disminuye la amenaza efectiva y patente de la degradación del medio ambiente por la acción destructiva de la



Ahora bien, todos los dolores y zozobras no provienen de la incapacidad de nuestro planeta de absorber el actual ritmo anual de crecimiento demográfico de un 2 por ciento. Derivan de una situación en que ese mismo índice del 2 por ciento, o algo parecido, representa el ritmo a que recursos, energía, industria, agricultura, tenencia de tierras, distribución de ingresos, y todas las leyes, ampulósidades y ligerezas que han separado tradicionalmente a los pobres de los ricos, deben pasar a favor de los pobres, situación ésta que marcaría una inversión completa de la tendencia histórica. (KATZ Robert: La política del fin del mun, El Nac., 7-3-74)



En los países pobres del mundo los cambios radicales que exige el deseo de progreso social y económico representan un asalto general a los guardianes de la riqueza, el poder y el prestigio de la nación. Constituyen un ultraje a viejos intereses creados, una ruptura con tradiciones antiguas y muchas veces opresivas. (Ib.)



industria. Lo que debemos preguntarnos ahora es ¿bajo qué condiciones resulta cierta la predicción del desastre total?

LA NORTEAMERICANIZACION DEL MUNDO

Desde que la Standard Oil pisó tierra venezolana, nuestra cultura y nuestras clases dirigentes se convirtieron en tributarias de la "eficiencia" y pulcritud yanquis. En nuestros días, ese tributo se ha convertido en el deseo acuciante por imitar el "American Way of Life" y toda familia que se precie de su status debe tener su respectiva cocina americana.

Más que una característica particular o anecdótica, esto refleja un proceso estructural que se consolidó al concluir la Segunda Guerra Mundial, cuando los EE.UU. impusieron su predominio mundial. El imperio americano y su democracia se trazaron la meta de norteamericanizar al mundo. Y a través de los medios de comunicación, de la penetración cultural y económica y, cuando era necesario, de la intervención militar directa, se dedicaron a "persuadir" a la humanidad de las bondades del modo de vida americano.

Y, paradójicamente, en nombre de este ideal y modelo, el planeta está colocado hoy al borde de la hecatombe. Porque, según el mismísimo Club de Roma, la crisis global se produce suponiendo que el mundo se desarrollará económicamente según el patrón de consumo norteamericano. O lo que es lo mismo, que la tal "norteamericanización" del mundo equivale a un suicidio colectivo.

Pero, ¿es verosímil este proyecto que convertiría al mundo entero en una especie de Estados Unidos global? Si se piensa que la abundancia de los países desarrollados y en particular la de los EE.UU. está construida sobre el robo y el pillaje ejercido sobre los países del Tercer Mundo, la respuesta es negativa. En último término, el alto nivel de consumo de los EE.UU. sólo ha sido posible gracias a los también altos niveles de hambre y miseria de los países subdesarrollados.

La operación de prestidigitación que han realizado los augures del Juicio Final está sintetizada en la ya famosa metáfora de la aeronave tierra. Según esta concepción, el planeta sería un sistema cerrado y global, y su destino final nos incumbe a todos los tripulantes por igual. Como dice Enzensberger "el objetivo de estas globalizaciones está muy claro. Se trata simplemente de obviar una pequeña diferencia: la que media entre primera clase y cubierta, puente de mando y sala de máquinas. Es la resurrección de una de las tretas más antiguas para la legitimación del dominio de una clase y de la explotación, ataviada esta vez con el uniforme de la ecología".

(2)

Es obvio que las responsabilidades no pueden ser compartidas por igual entre aquellos a quienes el desarrollo industrial-capitalista beneficia y por quienes son sus víctimas. Si los recursos naturales y las fuentes de energía están agotándose, es necesario volver la mirada sobre sus usuarios más prominentes. Y nadie con cierta dosis de sentido común se dirigiría hacia los hindúes o bolivianos, sino a los EE.UU. que, con un 6% de la población, consumen el 60% de los recursos mundiales.

Lo que la argumentación ecológica en boga demuestra, es que el modelo capitalista en el cual se utilizan los recursos naturales bajo el criterio supremo de la maximización de la ganancia y la acumulación monopólica, conduce inexorablemente a la debacle. El problema se nos presenta entonces en un nivel distinto: los límites al crecimiento y el agotamiento del planeta no constituyen un resultado natural de la historia humana, sino que están directamente vinculados a los valores y prácticas de un sistema social determinado que impone un uso desigual, injusto e inhumano de los recursos disponibles. El ocaso del capitalismo como modo de vida no es el ocaso de la vida.

UNA REDEFINICIÓN GLOBAL: HACIA UN MUNDO EQUITATIVO

Afirmar que el capitalismo es el responsable de la crisis ecológica, puede resultar una frase simplista e inofensiva si se entiende por "capitalismo" solamente la propiedad privada de los medios de producción. El capitalismo como modo de vida es algo mucho más complejo que la relación jurídica de propiedad. Por eso, en la Unión Soviética, donde el Estado posee los medios de producción, también se plantean los problemas de destrucción del medio ambiente. Lo que está en juego no es solo el tipo de propiedad, sino también los valores y condiciones sociales que orientan las relaciones entre los hombres y entre los hombres y las cosas. Mientras el ideal de la cultura industrial identifique mayor felicidad con mayor consumo, mientras el incremento de lo "humano" se corresponda con el incremento cuantitativo del consumo, más temprano que tarde se llegará a la situación de agotamiento de los bienes y recursos disponibles.

Es necesario problematizar la idea de un progreso material indefinido, idea común a los proyectos norteamericano y soviético. Se impone una redefinición cualitativa de las metas de la cultura humana, a partir de la cual se haga posible un reordenamiento y redistribución de los recursos mundiales.

¿Por qué resulta imperativo emprender un cambio de esta naturaleza, cambio que a muchos les resulta una utopía o en el

peor de los casos una huera declaración de buenos deseos? Obviamente la redefinición necesaria no será producto de un sínodo mundial de notables e idealistas. Pero tampoco será el resultado natural e inevitable de una evolución necesaria que está "en la naturaleza misma de las cosas". Contra lo que los fatalistas creen, la inminente situación de escasez no va a suprimir la abundancia. Ambas han existido simultáneamente y su contradicción se agudizará constantemente a medida que la disponibilidad de recursos se haga más precaria. De no producirse un viraje profundo, lo más probable es que la minoría que posee un alto nivel de consumo no solo no renuncia a él, sino que implemente estrategias de exacción y explotación para mantenerlo y aun incrementarlo. Cuando el inefable itinerante de la diplomacia yanqui, Mr. Kissinger, asoma la posibilidad de invadir a un país petrolero, no está haciendo otra cosa que plantear el resurgimiento de guerras destinadas a asegurar el abastecimiento de materias primas para mantener la continuidad del "American Way of Life". Fuerzas y grupos específicos están interesados en que la situación no se altere, y se enfrentarán por todos los medios a aquellos que intenten cambiar el rumbo.

En una confrontación de esta naturaleza, las tácticas de la guerra convencional no parecen ser las más pertinentes. Las armas que pueden utilizar los países pobres no se encuentran en los arsenales clásicos ni tampoco en los nucleares. El poder de negociación y presión de los países productores de materias primas reside en el control de los insumos básicos para la industria de los países desarrollados. En este sentido, instrumentos como la OPEP se perfilan como los más indicados para participar con peso propio en el reordenamiento de las relaciones entre los países desarrollados y el Tercer Mundo.

La crisis ecológica es algo más que un cuello de botella en la estructura técnica de la producción capitalista. Es la expresión de la imposibilidad de hacer compatible la exigencia de equidad y justicia social, y un desarrollo basado en un alto consumo de recursos materiales y energéticos. No se trata de regresar a la Edad Media, ni de prescindir de toda la tecnología creada por el hombre. La alternativa es determinar ese "punto límite", ese margen de consumo, más allá del cual sólo es posible acceder mediante la explotación de unos hombres por otros. El nivel de consumo permisible de un pueblo es aquel que no coarta esa misma posibilidad a los demás.

- (1) MEADOWS, *Los límites del crecimiento*, México, F.C.E., 1972
- (2) ENZENSBERGER, Hans Magnus, *Para una crítica de la ecología política*, Anagrama, p.45.